

NOTA SEMANTICA

Omar González

Hay varias maneras de leer y entender el relato de Sofía Espinosa. Para algunos, se tratará de un testimonio más, algo cercano al folclor, muy lindo, por supuesto, en la medida que describe cómo son esos colonos, cómo viven, a su manera. Así, la burguesía se divertirá con su lenguaje que —además de lindo— le es pintoresco y cuando más imaginario, como por ejemplo con el relato del niño ahogado.

Pero una lectura política de clase confronta a la burguesía en su relación lenguaje-vida cotidiana. Entonces desaparece lo folclórico como interpretación, el lenguaje se vuelve radicalmente lo que es: una forma de revelación de la realidad, una forma de conocimiento de la totalidad histórica.

En esas condiciones ya no es posible separar mecánicamente al estilo (como la relación dialéctica pensar-decir) de la práctica social. La belleza del relato no coincide —no tendría por qué hacerlo— con los cánones estéticos que constituyen la retórica de la clase dominante: esos diminutivos, esas metáforas, esos giros inesperados del lenguaje popular no están ahí como adorno, sino como forma básica de la existencia social (1).

Por lo tanto, el sentido de las palabras, las frases, los conjuntos de frases no son cosas simplemente de diccionario. No. El sentido se genera en el interior del grupo social; el énfasis de la narradora —a través del señor y hacia el público en las formas comunitarias de vida, en la relación de grupo, de

organización, de compañeros. Esto da al lenguaje otra dimensión que tiene que resolver la contradicción lenguaje individual— lenguaje colectivo.

Rastrear esta contradicción, las formas que toma y la manera de resolverse en las distintas prácticas lingüísticas debe ser motivo de reflexión, debate e investigación.

En el relato que veníamos comentando la contradicción se resuelve políticamente con el uso de la ambigüedad en aquellos términos donde la tensión es mayor en el interior de la lucha de clases(2).

La base del relato son las experiencias personales de la narradora, pero en función de la comunidad, en la estructuración de esta historia social que sólo su propio lenguaje puede narrar. Por eso mismo el eje de la narración no es lo extraordinario, sino lo ordinario: y esto es precisamente lo que golpea al lector: ver estilísticamente juntos la violencia oficial más encarnizada y la resistencia popular en ese decir trivial; hablar así —entre bombardeos— de los hijos (los tonticos), las cebollas, los ajos, los compadres, la carne de caballo y sus cosas malas al comerla, todo esto devuelve al lenguaje su máxima capacidad de decir, lo despoja de metafísica y lo convierte en lo que es para el pueblo: propósito de decir las cosas como son y con pasión. Es decir, en testimonio.

NOTAS

- 1) Se ha insistido mucho en los estudios sobre el lenguaje que éste constituye una visión del mundo. Esto tiene, metodológicamente hablando, por lo menos dos problemas:
 - a) La relación del relato-tipo de lengua- con la realidad social.
 - b) La relación formación social dada (por ejemplo, la de la sociedad colombiana) con los tipos de discurso (en el interior de la misma lengua).
- 2) Obsérvese atentamente los contextos referenciales de la palabra “guerrillero”. El consenso de los recolectores de los materiales es el de que tal ambigüedad es absolutamente necesaria dentro del relato. Algo así como si hubiera una táctica al hablar.

Ahora bien, la clase dominante —de otro modo— también juega con esa ambigüedad. Para mantenernos en el mismo terreno, piénsese en los distintos términos que usa para “dar parte” sobre la muerte de “guerrilleros”.